



Al clausurar la XV Cumbre del Grupo de Río

Santiago, 18 de agosto de 2001

Amigas, amigos:

Quisiera indicar que tal vez ésta ha sido una reunión un poco distinta. Lo dijo, el día antes de que nos reuniéramos, uno de los principales diarios del mundo: "En esta Cumbre —señaló— los que quieren mejorar la globalización estarán adentro de la sala, no en las calles". ¿Por qué? Porque somos, quizás, la parte más expuesta del mundo a los problemas de la economía internacional; la que más reformó su economía en menor tiempo; la que con mayores cambios en los flujos de capital externo ha sido capaz de hacerles frente y avanzar; la región donde la democracia sigue a prueba, esperando resultados.

Por eso creo que ha sido tan importante el espíritu con que se emprendió esta reunión.

Un poeta, que también era filósofo, Saint-Exupéry, dijo: "Somos contra lo que nos resiste". Somos contra lo que nos resiste. Y esto es más cierto aquí que en parte alguna. Aquí, en esta naturaleza colosal, en esta historia de creaciones, pero también de oprobio; de riqueza, pero también de muerte; en los ecos de nuestro propio laberinto de la soledad.

El espíritu de esta región no nació de la complacencia. Peleamos por nuestra independencia; buscamos el desarrollo en muchas partes y por muchos caminos; nos libramos de las dictaduras varias veces; hemos dado pasos amargos, pero necesarios, en materia económica. Y hoy le queremos decir al mundo que se requieren cambios en la globalización. Este grupo tiene quince años,

nació como nacen todas las cosas, con propuestas modestas, no ambiciosas. Se querían resolver problemas muy coyunturales en Centroamérica, y se creó el Grupo de los Cuatro, de Contadora, que se amplió a los amigos de Contadora, al Grupo de los Ocho. En el fondo, ¿qué es lo que nos planteamos? Nos planteamos definiciones políticas. Queríamos asegurar que este grupo iba a luchar por que hubiera democracia en América Latina, por que se respetaran los derechos humanos y por que hubiera paz en nuestros países.

Mirando hacia atrás en estos quince años, yo diría que esa agenda en buena medida está cumplida. Aquí están los diecinueve representantes de las democracias de la región; están, por cierto, las democracias que ejercen los países del Caribe. Aquí están aquellos que respetamos los derechos humanos, y en torno a esta mesa están muchos que fueron grandes luchadores en la batalla de hacer que los derechos humanos se respetaran en sus países. Aquí están los que han sido capaces de garantizar la paz en la región en estos quince años.

Y porque esa agenda se cumplió, es que ha ido surgiendo esta otra agenda. Es la de una América que entiende que para dar cuenta de las necesidades de nuestros pueblos, de nuestros pobres, de nuestros oprimidos y desamparados, necesariamente tenemos que crecer, y crecer con equidad.

Ese propósito nos obliga a adentrarnos en los temas de la economía, que es lo que en buena parte ha estado presente en esta reunión. Ha estado presente el tema de la economía, primero, porque queremos seguir creciendo. No hay camino fácil para ello: el único es más crecimiento, y destinar ese mayor crecimiento a las demandas sociales. Al respecto, hemos visto con preocupación la disminución del ritmo de crecimiento de las economías más desarrolladas, y el negativo efecto que ello ha tenido en esta región. Si algo hemos aprendido es a soportar los ciclos económicos del ámbito productivo, y el hecho cierto de que en un ciclo hacia la baja, como el actual, el precio de nuestros principales productos caerá. Sin embargo, también como consecuencia de esa situación, tendremos —como región— un nivel de crecimiento superior al de Estados Unidos, Europa o de Japón.

Pero la preocupación central en esta reunión no ha sido ésa. Nos ha preocupado el hecho de que los mercados financieros pueden sufrir contagios peligrosos que dificulten nuestro acceso a ellos. El gran avance de la década de los noventa para nosotros, América Latina, fue que estábamos accedien-

do a los mercados financieros del capital privado, de organismos multilaterales. Eso es lo que tenemos que preservar. Y para lograrlo tenemos que hablar como lo hemos convenido aquí, con una sola voz.

Ése fue el tema central de nuestra conversación privada en el día de ayer, cuando tomamos contacto, en nombre de todos ustedes y de acuerdo a lo que ustedes me encomendaron, con el Presidente Bush. Mi encargo era hacer ver nuestros puntos de vista y preocupación en materia del acceso de los mercados financieros. Y el Presidente Bush me pidió transmitirle a cada uno de ustedes la forma en que están siguiendo muy de cerca los acontecimientos en el ámbito internacional; cómo su administración y el Grupo de los Ocho comprende perfectamente la necesidad de mantener los flujos de capital abiertos en los mercados emergentes; y también la necesidad de resolver adecuadamente aquellos otros temas tan complejos que hoy día enfrentamos, y respecto de los cuales coincidimos en la necesidad de encontrar una solución sustentable a la brevedad, para poder traer tranquilidad a los mercados internacionales.

Creo que ésta es una buena noticia desde el punto de vista de cómo lo que aquí se ha conversado es compartido en otras capitales. Y también creo que es una responsabilidad para nosotros, Grupo de Río, entender que este diálogo que se ha establecido nos obliga a actuar con gran seriedad en todos los frentes.

Esta Cumbre, en ese sentido, marca un despertar, y constituye un cambio respecto de lo que teníamos en estas materias en el pasado. Todos hemos traídos a esta reunión un mensaje de urgencia proveniente de nuestras respectivas capitales, de nuestros pueblos, de las ciudades, de los campos, de las fábricas, de los trabajadores, de los pensionados, de los sin trabajo, de artistas, mujeres, jóvenes. Hemos traído el liderazgo más legítimo que se pueda desarrollar, el de la democracia. Y me parece que es hora de elegir, es hora de crecer contra todo aquello que nos resiste, de luchar por mejorar.

Hemos aprendido también que no queremos que se nos impongan recetas simplistas, mezquinas, que en ocasiones se aplican con un tremendo costo social. Hemos demostrado que cuando hay que hacer cosas que implican costo social, las hacemos; pero exigimos que se nos deje a nosotros medir la magnitud de aquello. Exigimos dirigir nuestros destinos, ser libres de aplicar entre nosotros, reglas que nos obliguen a todos.

No resisto citar a un gran escritor que es también un gran filósofo, Gabriel García Márquez, que una vez se preguntó: "¿Por qué la originalidad que se nos admite sin reservas en la literatura, se nos niega con toda clase de suspicacias en nuestras tentativas tan difíciles de cambio social? ¿Por qué pensar que la justicia social que los europeos de avanzada tratan de imponer en sus países, no puede también ser un objetivo latinoamericano con métodos distintos, en condiciones diferentes?"

Debiéramos exigirnos, unos a otros, una mayor originalidad, y eso es lo que estamos buscando en este Grupo de Río. Necesitamos introducir cambios en el manejo de la economía y de la sociedad global. No pedimos reglas fáciles o benevolentes; pedimos reglas claras que den oportunidad a todos, que es distinto. Nuestros técnicos, nuestros políticos, nuestros funcionarios, deben empezar a establecer nuestros planteamientos, que son justos porque son equilibrados.

Es importante que en las conclusiones de esta Cumbre hayamos convenido tener una voz común en los próximos foros del Fondo Monetario y Banco Mundial en septiembre; hablar con un mismo lenguaje en Qatar en la nueva Ronda de Comercio; prepararnos adecuadamente en una posición convergente ante la reunión de marzo a que nos invita México, sobre financiamiento para el desarrollo; y entender que en las distintas negociaciones de libre comercio que estamos emprendiendo, debemos coordinar adecuadamente los pasos que damos.

Todo ello quiere decir que estamos avanzando y que nos vamos con trabajo para la casa.

Los que nos dieron la libertad tenían reuniones como ésta; quienes hicieron el enorme logro del desarrollo de la región en los años cincuenta y sesenta en el siglo XX, tenían reuniones como ésta; quienes lucharon por la democracia tenían reuniones como ésta. Y después de esta reunión, nosotros sabemos bien las tareas que tenemos que cumplir en función de lo que aquí hemos acordado.

Y así como lo hicimos hoy día, iremos a los líderes de los países desarrollados a dar este mensaje como región. Estamos dispuestos a trabajar todas y cada una de las veces, en todos los comités que sea necesario, para que se escuche nuestra voz. Y, por cierto, seguiremos haciendo nuestras tareas de manejo al interior de nuestros países, y coordinadamente a escala regional.

En verdad, aquí no están los díscolos de la economía; están los díscolos con la injusticia. Eso sí. No somos ingenuos: queremos equilibrios macroeconómicos, pero también queremos equilibrios sociales en nuestros países. No creemos que haya que elegir, que haya que abandonar lo uno por lo otro. Aquí estamos los que sabemos que lo uno es esencial para lo otro, que no hay democracia si no hay justicia social. Eso lo sabemos porque lo hemos vivido y percibido a diario.

Y si hacemos todo esto, estoy seguro de que vamos a lograr el liderazgo democrático que nos obliga a un pensar conjunto.

Quisiera concluir compartiendo con ustedes lo que dijera Alfonso Reyes: "Un pueblo se salva cuando logra vislumbrar el mensaje que ha traído al mundo". Hemos clarificado nuestro mensaje, el que queremos desde aquí decirle al mundo. Y lo vamos a continuar en la próxima reunión en San José de Costa Rica, a lo que nos invita el pueblo costarricense, y en Lima el 2003, a la que nos invitan desde el alma profunda de esta América Latina.

Hemos convenido las tareas, nada más y nada menos. Es lo que ha ocurrido en estos dos días. Podemos estar satisfechos de ello, regresar ahora para hacer las tareas que nos hemos comprometido entre todos a hacer, y volvernos a encontrar en San José.

Muchas gracias.